

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica

DIOS PATRIA REY

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la Librería de los Sres. Amengual y Muntaner, Cadena 2.

ANUNCIOS

En la 4.ª plana a precios reducidos.

REDACCIÓN

Constitución, 94, principal

PRECIOS DE SU-SCRIPCIÓN.
 Peasada Cía
 las Baleares, trimestre. 1'25
 Provincias. idem. 1'50
 Ultramar y Extranjero. 3
 Número suelto. 0'10
 Todos los pagos anticipados
 ADMINISTRACIÓN
 Conquistador, 30

TELEGRAMAS Á VENECIA

EN EL DÍA DE LOS SANTOS REYES

Melgar—Loredan—Venecia.

La Junta Regional Tradicionalista de Baleares felicita á los Señores por la festividad de hoy.

VILLALONGA Y MIR—BINI-MELIS—QUINT-ZAFORTEZA.

Melgar—Loredan—Venecia.

La Junta Provincial Tradicionalista de Baleares, los Círculos Tradicionalistas, la redacción de LA TRADICIÓN, las Minorías de los Ayuntamientos y todos los tradicionalistas baleares, reiteran en el día de hoy su juramento de fidelidad y felicitan á los Señores.

QUINT-ZAFORTEZA.

CONTESTACIONES

Villalonga y Mir—Palma.

Venecia 7 (1'35 t.)

Los Señores agradecen vivamente la felicitación de esa Junta Regional.

MELGAR.

Quint-Zaforteza—Palma Venecia 7 (1'35 t.)

Los Señores le ruegan transmita gracias afectuosas á la Junta Provincial, Círculos, redacción del valiente semanario LA TRADICIÓN, Minorías carlistas y todos los tradicionalistas baleares.

MELGAR.

AVISOS

Creemos inútil advertir á nuestros suscriptores (pues sin duda ellos ya lo supondrían de antemano), que el número doble y extraordinario por tantos conceptos con que les obsequiamos el día de Reyes, correspondía al que tocaba repartirse el sábado último.

También advertimos á todos los que gozando del derecho de suscriptor no hubiese recibido dicho número extraordinario, que se sirva reclamarlo á esta redacción (Constitución, 94, pral.) y procuraremos complacerle.

Y por último, y como medio de propaganda para los amigos que quieran contribuir á la difusión de nuestro periódico, hacemos presente que todo el que se suscriba á LA TRADICIÓN durante este mes, recibirá gratis el hermoso número del día de Reyes.

EL MATRIMONIO DE LA INFANTA DOÑA BEATRIZ

LA PROMESA

Ha sido prometida la Infanta D.ª Beatriz de Borbón al Príncipe de Robiano D. Fabricio Massimo, duque de Antipoli y Corrado, hijo del Príncipe Massimo.

En Venecia será donde se celebre el matrimonio antes de que pase el invierno y sólo asistirán los más próximos parientes.

La familia Massimo está emparentada con las casas reales de Sajonia y Saboya Carignan y permanece fidelísima al Papa.

Pedimos al cielo que sea esta unión fuente de felicidades á los prometidos esposos y de satisfacción á nuestro Augusto Carlos VII.

SOBRE EL PROMETIDO

Con este título, dice el periódico italiano *La Difesa*, lo siguiente:

«El Príncipe Fabricio Massimo, prometido á S. A. R. la Princesa Beatriz de Borbón, pertenece á aquella familia Massimo, que es seguramente la más antigua de Roma. Lleva el nombre y descende de aquellos antiguos héroes cuyo hechos resplandecen en todas las páginas de la historia de la gloriosa República Romana.

El mote de esta casa es el famoso *Cunctando restituit rem* de Virgilio, alusivo á la contemporización de Fabio Massimo.

Las familias romanas están clasificadas en cuatro categorías: la primera, la de los que descienden de los antiguos, y de éstos no hay más que la de Massimo; la segunda es la de las de la Edad Media, como la Colonna, la Caetani, la Orsini; la tercera es más numerosa, es la de los pontificios, como la Borghese, la Chigi, la Aldobrandini, la Barberini, etc., y la cuarta es de las modernas, como la Torlonia, la Grazioli y otras.

Los Massimo tienen por tradición el contraer matrimonio con príncipes reales, la trisabuela del Príncipe Fabricio era una princesa de Sajonia; la abuela una princesa de Saboya, y la madre es hija de S. A. R. la duquesa de Berry.

CURIOSIDADES

La boda de la hija de D. Carlos con el príncipe Fabricio Massimo ha hecho fijar la atención en las familias de la aristocracia romana que han celebrado tantos enlaces con individuos de familias reinantes y que gozan de una situación parecida á la de los príncipes mediatizados de Alemania.

Los Massimo, los Borghesi, los Colonna, los Doria, los Orsini, los Alfieri, los Barberini, los Pallavicini, los Ruspoli, son de lo más ilustre en aristocracia que existe en Europa.

De todas esas familias han salido ilustres Pontífices de la Iglesia. Anastasio I, que vivió en 409, era de la familia de los Massimo, descendiente en línea recta de Fabricio Massimo Cuntator, vencedor de Aníbal. Por esta razón los Massimo figuran al frente de la aristocracia romana.

Los Borghesi, que han sucedido á los duques de Salvañi y á los príncipes de Torlonia, dieron á la Iglesia el gran Paulo V. Son grandes de España y duques franceses. El príncipe Camilo casó con Paulina Bonaparte, y tenía en Roma una Corte en la que figuraba como gentilhomme el padre del conde de Cavour.

El conde Luchessi Palli, el segundo esposo de la duquesa de Berry, bisabuelo del príncipe Fabricio, era un gran señor napolitano, descendiente de Tancredo, rey de Sicilia: se crió en la Corte de Nápoles, compartiendo los juegos infantiles de la princesa María Carolina, que debía ser más tarde su esposa. Mientras ella estuvo casada con el duque de Berry, él se consagró á la carrera diplomática y fue agregado en Londres y primer secretario de la embajada de las Dos Sicilias en Madrid.

Era un buen mozo, alto, moreno, de expresivos ojos negros; llevaba la barba en forma de collar y vestía con gran elegancia, copiando las modas inglesas.

Desde que fue á buscar á su esposa á bordo de la «Agalha» que la conducía desde su prisión de Blaye hasta Palermo no se separó de ella y le hizo la vida muy dichosa.

De este matrimonio nacieron tres hijas y un hijo; la segunda de estas hijas se casó con el príncipe Massimo, abuelo del príncipe Fabricio, prometido esposo de la princesa Doña Beatriz de Borbón.

CARTA DE CUBA

Sr. Director de LA TRADICIÓN. (*)

Muy Sr. mio y de mi mayor consideración: Sin duda alguna el pueblo mallorquín está ya enterado, desde hace muchos días, de la muerte cierta y segura del famoso cabecilla insurrecto Antonio Maceo. Voy, pues, solamente á describirle la impresión que causó en la Habana la tal noticia y alguna otra cosa que de paso voy á contarle por si cree usted conveniente insertarlo en el periódico de su digna dirección.

Eran próximamente las diez y media de la mañana del día de la Inmaculada Concepción, cuando salía yo de la iglesia de Belén, donde como verdadero español y soldado, había ido á confesar y á comulgar. Como á unos treinta pasos lejos de la iglesia encontré un amigo (soldado también) que iba en el tranvía. Llaméme y enseguida subí en el coche. —¿A dónde vas? me preguntó. —Tienes ocupaciones? —No, le contesté. —Vamos, pues, conmigo hasta Guanabacoa á dejar una sumaria y luego subiremos juntos al Castillo (lugar donde vivíamos los dos). No vacilé un momento en seguirle, ya por ser un verdadero amigo, ya, también, por tener el gusto de visitar el pueblo antes citado.

Llega la parada del tranvía, nos apeamos y caminados dos pasos encontramos, en un café, al cartero de nuestro batallón. Nos llamó; entramos y tomamos un refresco.

Al cabo de un rato nos levantamos y nos fuimos á la «Central de Correos» para ver si había carta nuestra; pues el correo había llegado el día antes. Llegamos allí, no hubo nada. Pero no nos desanimamos, porque todavía no estaba desembarcada toda la correspondencia. Nos despedimos del cartero, y el otro amigo y yo fuimos en dirección al muelle, embarcados en el vaporcito que debía conducirnos á Regla (pueblo que está al Este de la Habana) y de allí tomamos el tren para Guanabacoa.

El viaje no duró más que un cuarto de hora; pero el tren volaba. Llegamos al pueblo, dejamos los documentos que llevaba mi amigo y visitamos la población. En las plazas de ella había tropa acampada lo mismo que si estuviera en la manigua. Fusil en mano, macuto en la espalda y correa puesto con sus correspondientes municiones. Unos estaban sentados, otros de pie, otros echados; en fin, aquello era un verdadero campamento. En casi todas las boca-calles había una trinchera y en ella su correspondiente centinela. A la salida del pueblo vimos un fuerte que á quererlo tomar los insurrectos les había de costar muchas bajas y aún no habían de conseguirlo. En la noche del 3 al 4 intentaron asaltarlo los insurrectos, pero tuvieron que desistir de su empeño rechazados valientemente por nuestras tropas; no sin que machetearan asimismo una guerrilla de unos 30 hombres. En la noche del 6 volvieron á las andadas; pero la fuerza des-

(*) Aunque con algún retraso, motivado por haber recibido la presente carta cuando estábamos preparando el extraordinario de Reyes, no queremos privar á nuestros lectores de su contenido, satisfaciendo así los deseos de nuestro antiguo colaborador Federico.—(N. de la R.)

tacada en el pueblo supo, como siempre, rechazarnos.

Una vez visto el pueblo nos dirigimos de nuevo a la estación, subimos en el tren y... hasta Regla. Allí encontramos más de dos mil soldados, llegados en esta última expedición y dispuestos ya para embarcarse en el tren y marchar al campo. Tomamos luego el vaporcito y regresamos a la Habana. Eran las tres y media de la tarde.

Llegados a la capital vimos por todas partes corros de gente, a uno de los cuales hicimos número picándonos la curiosidad de saber lo que allí pasaba. Entre la multitud aglomerada y en medio del corro había un personaje con un suplemento de periódico acabado de salir de la imprenta y en el que pude leer escrito en letras de molde: *La muerte de Antonio Maceo*. Al momento nos apartamos y seguimos nuestro camino porque nos era de todo punto imposible enterarnos allí de lo contenido en el suplemento.

Ya por la mañana, y aun el día anterior, se había hablado de grandes combates en Pinar del Río y hasta se había susurrado si Maceo era muerto; pero se había dicho ya tantas veces y tantas había resultado falso que ya no dábamos crédito a ello.

Llegamos al Parque Central, donde hay la imprenta de *El Diario de la Marina*. Allí podían contarse a centenares los muchachos y hombres que iban a buscar suplementos para vender. Salían volando de la imprenta y se lanzaban a la calle gritando como energúmenos: «¡El Diario de la Marina! ¡El suplemento de hoy!» Y los de *La Lucha* (periódico) gritaban: «¡La Lucha! ¡Suplemento última hora!»

Entramos yo y mi compañero a la imprenta de *La Marina* para saludar al Sr. Director, del cual me hice amigo en cierta ocasión; y, además, para enterarnos de la gran noticia que por la Habana cundía más veloz que la electricidad. El Director nos recibió muy bien y nos obsequió con un suplemento a cada uno, el cual suplemento es el que le envío a V. Al cabo de poco rato tuvimos que despedirnos porque se hallaba muy atareado; no sin suplicarnos antes que volviéramos otro día que tendría mucho gusto en hablar con nosotros.

Salimos de la imprenta y nos encaminamos al Castillo, lugar donde residimos, y por las calles donde pasamos no vimos persona que no tuviera su suplemento en la mano. Los vendedores de ellos no eran suficientes a despacharlos a la gente que se los robaban de las manos y se los disputaban unos a otros.

Por la noche algunos barrios de la ciudad aparecieron iluminados con faroles a la veneciana, y en todos los balcones de la capital, principalmente en los centros peninsulares, se pusieron iluminaciones y damascos formando los mismos colores de nuestra vetusta y noble bandera. La Habana está estos días como las calles de Palma cuando pasa la procesión en la fiesta del Corpus. Dos músicas se pasearon durante la noche por las calles tocando bonitas piezas y pasos dobles, entre los cuales descollaba la tan patriótica *Marcha de Cadiz*, la que al momento era interrumpida por la multitud de gente que se paseaba, con aclamadores gritos de «¡Viva España! ¡Viva Cuba española! El entusiasmo era indescriptible. Fuegos artificiales por todas partes. En las mismas plazas y calles se echaban cohetes. En una palabra, en la Habana se demostró este día que aún reina el entusiasmo en el corazón español y yo recordé muchas veces aquella célebre frase propia tan vez de nuestra patria: «¡O VENCER Ó MORIR!»

Estas son, Sr. Director, las noticias que por ahora puedo enviarle, sintiendo mucho no poderse dar más extensas, y esperando nueva ocasión para ello, se ofrece siempre de V. atento y s. s.

FEDERICO.

Habana 9 Diciembre del 96.

MOVIMIENTO CARLISTA

Círculo Tradicionalista de Palma

En la Junta general celebrada para la renovación de cargos de la Junta Directiva que debe actuar durante el año 1897, quedó ésta constituida en la siguiente forma:

Presidente honorario

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Presidente

Sr. D. Ramón Soler de la Plana y Noguer.

Vice-Presidente

Sr. D. Pedro Gual y Gual.

Tesorero-Contador

Sr. D. Lucas Canals y Bisquerra.

Secretario

Sr. D. Juan Barnils y Auseo.

Vice-Secretario

Sr. D. Gregorio Jaume y Pons.

Vocales

Sr. D. Jaime Llinas y Craxell.

José Morell y Bellec.

Vicente Furió y Kops.

Antonio Vidal y Vaquer.

Dos nuevos periódicos carlistas

Al entrar en este año 1897, contamos con nuevos adalides de nuestra causa. El uno ve la luz pública en la ciudad del Cid, con el título de *El Regional*; el otro aparece en la hermosa Córdoba, con el nombre *El Diario de Córdoba*. Sean ambos bienvenidos y que Dios les dé larga vida y continuados triunfos.

CRÓNICA GENERAL

DEL EXTRANJERO

Para no dejarse sorprender por las estratagemas y asechanzas de los sectarios, la unión antimasonónica ha confiado la dirección de su órgano en la prensa la *Revista antimasonónica*, a M. Pacelli, cuyo nombre solo es una garantía, por haber hecho brillantes campañas como publicista católico durante muchos años. Con la colaboración de otros dos distinguidos y competentes escritores, Pacelli combatirá energicamente la francmasonería, ya desde el punto de vista religioso, ya bajo su aspecto social y político. La sociedad entera se halla interesada en extirpar la masonería, como una de sus plagas más funestas.

A propósito de la masonería:

Se anuncia como inminente la publicación de un opúsculo con el título de *La lotta di Cuba e la solidarietà italiana*. Estas últimas palabras son una mentira, debiera decir *la solidarietà massonica*. Este folleto se ha escrito por el h. m. s. Falco; lleva ilustraciones y dibujos del escultor Héctor Ferrari, Gr. Ma. adjunto del Gr. Or., y un prólogo del diputado Bovio, alto personaje de la masonería italiana, que ha sido uno de los candidatos a la sucesión de Adriano Lemmi.

La Tribuna, órgano ordinario y directo de la secta, publicaba el día 2 en su primer fondo el prólogo del h. Bovio 33., haciendo notar que la publicación de este opúsculo «se hace por el Comité italiano (masónico) central para la libertad de Cuba, que tiene su residencia en Roma, Via Sicilia, 125.»

Hé aquí unos párrafos de este prólogo de Bovio:

«Corresponde al partido republicano español repetir todos los días al Gobierno de Madrid: *Cuba se ha redimido*. Que diga esto, y si quiere ser previsor, añada: *Ha llegado la hora del vaticinio del gran misántropo: evacua las Filipinas*. Procediendo así el partido republicano español, hará más bien un servicio a su

propio país que a la causa de la humanidad.

«Solo de la democracia puede proceder este lenguaje. Si la diplomacia europea no fuese antigua; si en ella se agitase todavía un álito de inspiración, habría dicho ya a España: *retiraos antes que decidan los Estados-Unidos; ya que una primera decisión de aquel Gobierno en este sentido, debe hacer pensar a más de una potencia europea.*»

«Este estudio del doctor Falco sobre Cuba no es sólo, por lo tanto, una excelente monografía que da luz sobre aquella tierra de insurrectos, sino que es también una iniciativa que demuestra la solidaridad con que los pueblos consagran las magnánimas rebeliones y les desean la victoria.

«Cuantos son afectos a las causas justas aplauden y concurren...»

«Espontáneo es el movimiento de Cuba porque es movimiento de pueblo y tiene la totalidad del país; secundarlo es un deber.»

Si no hubiera otras pruebas de que las insurrecciones de Cuba y Filipinas son obra de la masonería universal, coligada y confederada, bastaría para probarlo esta publicación que puede decirse oficial de la masonería italiana.

Un escritor francés ha jugado al nauseabundo Emilio Zola una mala pasada.

Pero chistosa, y además muy merecida por el impio naturalista.

El jefe de la escuela naturalista solicitaba de nuevo su ingreso en la academia.

Pero el personaje de referencia, apellidado Laporta, que debía tener muchas ganas a Zola... ¿qué hizo?

Extractar de las obras de Zola los pasajes más groseros, más repugnantes, y más asquerosos en el doble concepto del buen gusto y de la moral, haciendo con ellos un libro, ante el cual es forzoso taparse las narices.

Envío a cada uno de los miembros de la Academia un ejemplar de este librito salpimentado y nauseabundo.

«¿Y qué sucedió?»

Pues ¡ahí es nada! Que Zola obtuvo un voto solamente, no habiendo sufrido nunca tan fuerte humillación.

DE PALMA

Damos las más sinceras gracias a nuestros colegas locales *La Almudaina*, *El Ancora*, *El Liberal Palmesano* y *Heraldo de Baleares* por los elogios que dispensaron a nuestro extraordinario del día de Reyes.

También se las rendimos con vivo agradecimiento y cordial entusiasmo a aquellos amigos nuestros que, ya personalmente ya por medio de carta, se han apresurado a felicitarnos y a prestarnos su aliento para proseguir en nuestra campaña y con bríos siempre crecientes así en el espíritu como en la materialidad artística y de costosa ejecución con que lo venimos haciendo.

La prensa carlista de provincias merece también nuestro parrafito más vehemente por los elogios que nos dedica, elogios que trasladamos nosotros al entusiasmo que en ella despierta el noble y hermoso lema de nuestra bandera, por el cual únicamente trabajamos y al que hemos consagrado todo cuanto somos y valemos y esperamos ser y valer.

Junta de Protección al Soldado

Tenemos especial gusto en dar a conocer a nuestros lectores el siguiente resumen de los ingresos y gastos efectuados durante el pasado mes por aquella caritativa Junta. Dado el poco espacio de que disponemos, nos vemos obligados con sentimiento a dar en extracto lo que otros periódicos han publicado íntegramente; pero nuestro buen deseo y el mo-

tivo expresado compensarán seguramente la omisión. He aquí el resumen:

CARGO

| | |
|--|----------------|
| Existencia en 1.º Diciembre. | 1516'73 ptas. |
| Cuotas únicas. | 1084'35 |
| Suscripciones mensuales. | 118'46 |
| Donativos de los niños de las escuelas y soldados. | 204'41 |
| Total cargo. | 2923'95 |

DATA

| | |
|---|---------------|
| Repartido entre los soldados inútiles ó enfermos y familias de fallecidos. | 405'00 |
| Importe de cinco cepillos para recaudar donativos, impresos y gratificación al colaborador. | 68'75 |
| Total data. | 473'75 |

RESUMEN

| | |
|-------------------|---------|
| Importa el cargo. | 2923'95 |
| Id. la data. | 473'75 |

Existencia para Enero. 2450'20

LA TRADICIÓN no puede menos de alabar el celo de esa benéfica agrupación que tantos y tan útiles beneficios reporta a esos desgraciados hermanos nuestros que regresan de Cuba heridos ó enfermos, y en caso de que allí sucumban, a sus desoladas familias; y nos atrevemos a exponer la consideración de que si todos los mallorquines estamos dispuestos a dar prueba de nuestra nunca desmentida caballerosidad y sentimientos caritativos, nunca han de faltar los recursos necesarios en socorro de nuestros paisanos los que se sacrifican en aras de la patria grande ó sea España.

Turno de vocales de la Junta de protección al soldado, durante el mes de Enero, para repartir socorros:

Rdo. Sr. D. Bernardo Balle, Cavallería 7.

Sr. D. Bartolomé Sureda, Borne 7.

Sr. D. Antonio M.ª Peña, Molineros.

Sr. D. Juan Gelabert, Imprenta.

Sr. D. Arturo Sarmiento, Libertad 2.

Estos señores admiten donativos en sus respectivos domicilios.

Nuestro colega local *La Unión Republicana*, a quien remitimos nuestro extraordinario de Reyes para contestar al saludo ó envío de dicho periódico que hasta hace unos diez días no se le ocurrió hacernos aquella redacción, nos dedica un suelto calificando de NOTABLE el número en cuestión y saludándonos muy cortesmente; cosa que en extremo agradecemos, estando a la reciproca en lo que podamos complacer al colega y a sus redactores.

Todo lo dicho no tiene nada de particular en un periódico, aunque éste sea republicano.

Lo que si tiene particularísima gracia es que en el mismo ejemplar y página de *La Unión Republicana* en que tan cortesés y tan serias palabras se estamparon, aparezca un articulucho, ó cosa así, que se da de cabezadas con la SERIEDAD, la formalidad, el sentido común y la sinéresis del republicano que pudo escribirlo y de *La Unión Republicana* que lo prohibió.

Porque... ¡vamos que un periódico como *La Unión Republicana*, cuyo título ya es un insulto sarcástico a la cordialidad de los suyos, extrañarse de que «haya personas que aún tomen en serio el carlismo», vamos, repetimos, eso sólo se le ocurre a un cliente del alienista Ezquerdo ó a un empleado de las instituciones disfrazado con gorrofrigio para mejor poder engañar a los del *idem*!

Aparte de que las cuchufletas de mal género que dirige a D. Carlos y a su fa-

milia, dan clara idea de como las plumas republicanas saben descender á los estercoleros para cebarse en las desgracias ajenas.

Y nada queremos decirle acerca las patentes de catolicismo que, en su afán de repartir los restos de su cacumen, da á los carlistas el republicano autor de tal desahogo.

Son cosas éstas, las de *La Unión Republicana*, que no merecen ser contestadas, ni siquiera parar la atención en las mismas. Basta fijarse en el título que lleva al frente; en esa *Unión* de los de la *fraternidad*, que puede decirse que en reuniéndose tres ya imitan al perro, al gato y al ratón, y cuando por rara casualidad sucede lo contrario forman los dichos un tercio de papagayos.

De manera que ni siquiera llega el republicanismo á «espantajo ridículo», ni cosa que se le parezca!

Aprenda á distinguir, *hermana*; y para otra vez procure proceder en todo tan correctamente como en el saludo que nos dedica, y cuyo agradecimiento le repetimos y le reiteramos.

En nuestro compañero *La España Cristiana*, de Valencia, leemos las siguientes líneas que nos complacemos en reproducir:

«Aumenta en la Diócesis de Mallorca el entusiasmo por la *Liga de Plejarias* que fundó el Sr. Obispo para suplicar al cielo el triunfo de nuestra Patria y la conversión de los masones. Además de haberse comprometido el Clero á celebrar una Misa cada mes, se reciben de todas partes promesas y ofrecimientos de Comunidades y Cofradías comprometiéndose á rezar Rosarios, oír Misas, hacer Comuniones, dedicar ayunos, sufrir penitencias y elevar fervorosas plegarias á Dios por los indicados fines. Mallorca presentará un espectáculo interesante y hermoso al hacer tan gallarda protesta de Fe y españolismo, que verán con complacencia los ángeles y con edificación los católicos de la Península deseosos de que se propague á todas las Diócesis tan bendita idea.»

Leemos en los periódicos del continente que se encuentra en Cadiz, de regreso de Cuba herido, el soldado paisano nuestro Toribio Carreras Grau.

VARIETADES

Un héroe cristiano

Hablábamos de la guerra de Cuba cuando entró el coronel *** que había hecho toda la guerra pasada, ganándose sus empleos y condecoraciones en otros tantos combates.

—Mi coronel,—dijimos á coro,—cuéntenos V. algún episodio de sus campañas en Cuba: así nos formaremos idea de lo que ahora sucede allí.

—Eso es difícil. Tendría que hablar mucho, y no estoy de humor. Os referiré, sin embargo, un episodio que es para mí uno de esos recuerdos íntimos que forman época en la vida de un hombre.

Después de una breve pausa el coronel Hacló en estos términos:

—En 1875 era yo capitán, y comandante de uno de los muchos fuertes que manteníamos en la provincia de Santiago de Cuba. Estaba situado sobre una loma que habían los ingenieros desarmado, pero en la que crecía la manigua á despecho de todos nuestros esfuerzos y trabajos. Al pié de la colina corría un torrente entre manglares espesísimos; y al rededor se dilataba el bosque exuberante, magnífico, amenazador y sombrío; asilo, fortaleza y cómplice de los enemigos de la patria.

La guarnición se componía de sesenta valientes muchachos, un sargento, un alférez, y yo, que los mandaba á todos. Llevábamos cinco meses en aquel endiablado destacamento; no recibíamos sino muy de tarde en tarde noticias de la Península y de las ciudades de Cuba, y más de tarde en tarde aún pasaba por allí alguna columna que llevaba los heridos y enfermos y nos dejaba municiones de boca y guerra. A pesar de todo, el humor de los soldados era excelente; había entre ellos un tocador de guitarra *der mismo Cádiz* (como decían ellos), y dos cantaores de la mismísima Triana. Tenían jaleo todas las noches. Los mambises se acercaban, entre las sombras, hasta las paredes del fortín, y unas veces hacían fuego y otras cantaban coplas: los nuestros respondían, ora con canciones ora con disparos: andaba por allí un mambis que se las echaba de fino *cantaor* de guajiras, y desafiaba en ese terreno á los *patones* que se arrancaban por *peteneras* y *soleaes*.

Pero los trianeros demostraban al hijo ingrato de España que lo mismo en el canto que en el combate vale más un peninsular que un criollo.

Los que nos aburríamos sin compensación éramos el alférez y yo, á los que la disciplina imponía hacer rancho aparte de los soldados. El alférez especialmente se daba á todos los demonios; era un tipo grosero en las formas y más aún en el fondo. Procedía de la clase de tropa, y alardeaba de impío, de revolucionario y de masón, por lo que venía á ser H. de los cabecillas que andaban por aquellos contornos. Pero se las echaba de gran patriota, afectando un odio encarnizado á los rebeldes, lo que demostraba refiriendo diferentes episodios de la campaña, en que había hecho fusilar á cuantos mambises caían en sus manos.

Una tarde entró el alférez á darme cuenta de lo ocurrido, y me dijo:

—El soldado Gómez está en el calabozo.

—Y ¿qué ha hecho?

—¿No recuerda V. al soldado Gómez? Es ese beato que nos trajeron la semana pasada. Ya no me gustó desde el principio; y hoy lo he cogido en un rincón con otros cuatro, cuchicheando en voz baja... Según dijeron, estaban rezando el rosario. Gómez había seducido á los otros.

—Pero, ¿si rezaban efectivamente el Rosario....?

—Eso demostraría que Gómez es un carlista, y que está conspirando para....

—No pase V. cuidado por eso.

Llamé á Gómez. Se me presentó un muchacho alto y fornido, blanco y rubio, de ojos azules que miraban muy dulcemente.

Le interrogué y me contestó:

—Mi capitán, efectivamente estábamos rezando el Rosario. Yo estudiaba para Cura. La quinta me sacó del seminario, y he venido al servicio...

—A rezar, ¿eh?—le interrumpí yo sarcásticamente.

—Y á batirme, mi capitán. Ya he entrado en fuego seis veces.

—¿Con qué orgullo hablas, mogigato!—rugió el alférez.—Eres un iluso ó un pillo.

Y siguió ensartando tales insultos é improperios, que yo para cortar aquella escena desagradable mandé al soldado que se volviese á su calabozo.

Ya solos, quise reprender al alférez; pero hé aquí mi falta: me dió vergüenza ponerme de parte de un soldado que rezaba el Rosario. El alférez, ó conoció mi debilidad, ó era un verdadero fanático con toda la cinica acometividad de los de su ralea, y dijo que con beatos no se hacían las guerras, y que con un hombre como Gómez se creía él vendido en el fuerte.

Había hecho sus averiguaciones, y resultaba que Gómez ejercía el proselitismo: ya tenía embaucados á cinco ó seis camaradas que rezaban con él.

Pretendía el alférez que esto deprimía el ánimo de los demás, recordándoles las preocupaciones de sus aldeas sobre el infierno y el purgatorio, y quitándoles aquella alegría marcial que tanto sostiene y levanta la moral del soldado.

De allí á pocos días, en una salida que hicimos del fuerte cogimos unas pipas de aguardiente que abandonaron los insurrectos en su fuga.

¡Qué contentos los soldados con aquella presa! ¡Qué huelga se prometían para la noche!

Y, en efecto; ¡buena fué ella! Primero tocaron y cantaron, después bailaron, luego empezaron á proferir voces tremendas, relinchos de caballo, ladridos, rebuznos, mugidos y esos gritos inarticulados que sólo pertenecen á la humana imbecilidad.

Yo me incomodé, llamé al alférez, y le ordené que impusiese silencio.

—Mi capitán, un día es un día,—me dijo.—deje V. á los muchachos: llevan muchas semanas de destacamento, y están aburridísimos. Algo hay que conceder á la juventud.

Por no malquistarme con él, accedí á regañadientes. Y aún hice algo peor: beberme un vaso de caña que me ofreció.

A poco sentí un sueño invencible, y me quedé dormido, ¡profundamente dormido!

De repente oigo el estruendo de un disparo.

Me pongo en pié sobresaltado.

No oía nada; era completísimo el silencio.

Pero, á poco oigo otro disparo y una voz robusta que gritaba.

—¡Centinela, alerta! ¡Soldados al muro! ¡El enemigo! ¡el enemigo!

(Concluirá.)

CÍRCULO DE OBREROS CATÓLICOS DE PALMA

Mañana, domingo 17 del actual:

RUEDE LA BOLA

MESTRE QUEL

ES CURANDERO

A las 7 y media noche.

de su vida pasada, al través del lente de su imaginación veía, una tras otra, las más interesantes escenas de su niñez. Aquí hacía molinos y paradas en una acequia; allí jugaba á la pelota, más acá al toro, acullá al esconder; en tales días volaba con una turba de chiquillos á esperar al *gaitero*; hoy escalaba este tejado; mañana aquel arbol de fruta y nidos en busca; y, en fin, no hubo romería, baile, hoguera, colación, ni regocijo popular, en suma, en los que había tomado parte, que no desfilara por su mente como para refenerse en la sierra. Todo ello animado por el cariño que le habían profesado siempre los habitantes de Vallehermoso, unido al amor sin límites de su buena madre, conmovía el corazón de Ricardo y agrupaba lágrimas en sus ojos; pero antes de derramarlas, su fantasía le llevaba bien lejos de tan conmovedores recuerdos, pintándole su entrada en el mundo de color de rosa, y los placeres cortesanos que no conocía, como los únicos dignos de sus elevadas aspiraciones, y permanecía tieso como un palo y grave como un diplomático.

Llegado habían al pié de la cuesta, y era preciso separarse. Toda despedida, por alegre que sea su causa, lleva consigo un sello de tristeza, al que no puede sustraerse ningún corazón de sentimientos delicados. Y es que toda separación lleva como encarnada la incertidumbre de volverse á ver. Mas

ciendo palidecer de vergüenza á estrellas que noches antes brillaban ufanas en el firmamento.

Los habitantes de la Casa Grande ocupaban los bancos de piedra que adornaban la plazuela. El viejo olmo, eterno centinela de aquel castillo, oscurecía los rayos lunares colándolos por entre sus hojas, y no contento con tan señalada muestra de servicial cariño á sus señores, subiendo y bajando imperceptiblemente las puntas de sus ramas, los abanicaba con ellas, como abanicaba el esclavo americano con las pintadas plumas de los pájaros del Nuevo-Mundo á la indolente criolla en tanto se balanceaba en la movable hamaca.

Doña Casilda conversaba en el poyo de la derecha con el tío D. Ramón el mayor sobre la proyectada boda de sus hijos.

Entre tanto D. Juan Alonso sostenía en el de la izquierda con el señor cura del lugar el siguiente y entretenido diálogo:

—¿Un polvito, D. Juan Alonso?

—Vengá y despejaremos la cabeza.

El párroco sacó una caja de plata como un libro, subió á sus narices un tremendo pellizco de rapé que sorbió en el acto con estrépito, y presentó la caja abierta á don Juan Alonso.

—Esto es corteza de pino molido.

—Le digo á V. que no, D. Juan: son restos de un bote que me regaló su señor padre.

esta influye en aquella como un rayo de luna en cielo nebuloso.

Diferentes, aunque parecidas, eran las afecciones que agitaban el corazón de cada uno de los individuos de aquel grupo de caminantes. Doña Casilda—pues ya el lector habrá reconocido en ellos á nuestros amigos de la Casa Grande—caminaba con el corazón destrozado, pero con paso firme, y serena. D. Juan Alonso, consintiendo al fin en enviarle á Madrid para que reanudase las relaciones un tanto frías de los Claveros con sus distinguidos parientes, y para que á la vez se hiciera digno de cargar algún día sobre sus hombros el lustre de la familia, sentía, sin embargo, en el alma que su hijo se viese precisado á dejar la sierra, el mejor país del mundo, y casi casi adivinaba, aunque confusamente, que el barniz de la corte y el manejo de las Pandectas y Partidas no armonizaba gran cosa con las ocupaciones del arboricultor, la podadera y los ingertos. Guadalupe contemplaba en silencio á su hermano; pero las rosas de su encantador rostro cedido habían el puesto á la inmutable blancura de la azucena. Insondable es siempre el corazón de una mujer si ocultar quiere; mas cuando ignora que se la observa y no tiene además móvil alguno para ser hipócrita, basta una mirada para leer en sus ojos los sentimientos que la agitan.

Ricardo acababa de cumplir diez y seis.

ANUNCIOS

LA HORMIGA DE ORO

10 pesetas al año REVISTA ILUSTRADA XIII año de su publicación 10 pesetas al año

Se publica los días 7, 15, 22 y 30 de cada mes en pliegos de 16 páginas de gran tamaño á dos columnas, en las que tienen cabida variedad de lecturas amenas é instructivas, é intercalados con allas magnificos grabados representando retratos de personajes, asuntos de actualidad, cuadros notables, composiciones humorísticas etc., etc., sujeto todo á la más estricta moral. Además acompaña á cada número un pliego de 8 páginas de novelas escogidas y de buen fondo.—La Administración, calle de Hércules, núm. 3, Barcelona, enviará números de muestra á cuantos desearan conocer más circunstanciadamente esta publicación.

MAJORQUEÑOS Y CIUDADANOS

Historia de las disenciones civiles en Mallorca en el siglo XV, por

D. JOSÉ M.^a QUADRADO

SEGUNDA EDICIÓN AUMENTADA **Á 6 PESETAS**

Para los suscriptores de las obras que se publican de dicho señor, á 4 pesetas.

Puntos de venta: en casa de los editores Sres. AMENGUAL Y MUNTANER.

CATECISMO DEL CARLISTA

POR

EL P. CORBATÓ

OBRA RECOMENDABILÍSIMA

1.⁵⁰ PTAS. EJEMPLAR

La Tradición

Plaza de la Constitución, número 94, principal. PALMA DE MALLORCA

Tipo-litografía de Amengual y Muntaner

años, edad fluctuante entre la infancia y la virilidad, y partícipe, por lo tanto, de las bellezas de una y otra. He oído y leído muchas veces que la más ingrata edad de la vida es esa época de transición entre el niño que deja de serlo y el hombre que principia á formarse; y sin embargo, para mí tiene un encanto indefinible. Aquel candor, perfume de la inocencia; aquella mirada francamente tierna, indicio de un corazón inexperto que nace á la vida del sentimiento; aquel estado de languidez y distracción aparente, que no es sino ensimismamiento y contemplación de ese inexplicable sé que por el joven pasa, componen, en mi concepto, una despedida tan triste á los años que se van, y un tan alegre y cordial saludo á los que vienen, que nada de extraño tiene contemple con poético encanto al joven que atraviesa esta época de la vida, puesto que encanto y poesía hay lo mismo en las lágrimas de un adiós que en los regocijos de un bautizo. La impresión de aquella despedida y la imagen de su hermano; tal cual le vió entonces, no se borraron jamás del alma de Guadalupe.

En el corazón de Ricardo luchaban á la vez sentimientos opuestos. Por una parte recordaba aquellos diez y seis abriles dulcemente deslizados sobre una senda de flores. Sin que él mismo se diera cuenta de por qué se le habían de presentar en tropel y en aquellos momentos detalles tan minuciosos

CAPÍTULO III

Despertaba la naturaleza de su letargo con las florecillas y brisas cálidas de Abril. Esta época de transición entre una estación inerte y otra llena de vida, ejerce también su influencia en el hombre: la sangre circula con más rapidez en sus venas; la imaginación se extasia contemplando las galas que el suelo viste, y el corazón renace vigoroso á la vida del sentimiento. Nunca más dulce noche de primavera convidó á gozar de su frescura. Brotaban por do quier hojas y flores: abríase sin temor la campanilla para recoger en su seno las lágrimas del rocío y respirar la nocturna brisa; y la luna casi llena proyectaba sobre el suelo la movible sombra del tierno ropaje de los árboles, ha-

cuando la separación se verifica entre una madre y su hijo, ya no es tristeza lo que produce; sino dolor, que llega al alma.

Doña Casilda abrazó estrechísimamente á Ricardo; y le dijo:

—Hijo mío sé buen cristiano!

Y no pudiendo continuar dominando las lágrimas, inundaron sus mejillas y el rostro de su hijo que lloró también.

Tocóle el turno á D. Juan Alonso; abrazó al joven, y se despidió de él, diciendole:

—Cuidadito con no presentar enseguida esas cartas á los condes de Aranda, Berve-del, Portocarrero, Monclova, Carlet, etc., que son parientes tuyos, y no olvides que en casa de López Jiménez tienes letra abierta.

Ricardo no contestó. Tomó la brida y rodeando al pulgar de su mano izquierda un mechón de la crin del hermoso bruto, montó con desenvoltura; y rompiendo la marcha el peatón que sostuvo el estribo, partió al trote, no sin volver la cabeza para despedirse por última vez de sus padres y por primera de su hermana, á quien, enmendando su imperdonable olvido, dijo sonriendo:

—Adios, Guadalupe.

La expósita, que de apoyo servía á su madre anegada aún en lágrimas, entreabrió los labios, y aunque el adiós que pronunciar quisieron anudóse en su garganta, dos encendidas rosas coloraron la nieve de sus mejillas, siendo bien pronto apagadas por la lluvia de sus ojos.